

pasando por todos nuestros dolores y muriendo de nuestra misma muerte. Boabdil forcejeaba con furor bajo aquella triste realidad, sin querer ni conocerla, ni menos proclamarla. Delante de la victoria conseguida por nuestra fe, aún esperaba que aquel Dios suyo, eterno, infinito, omnipotente, predominase algún día sobre un Dios sujeto á las tristezas humanas como el Dios de los católicos. Acostumbrado á ver el santo de los santos, el fuerte de los fuertes, el sabio de los sabios, circuido por sus legiones angélicas de combatientes y victorioso en cien guerreras empresas, no podía, no, imaginarse que superara y venciese á este león del desierto, el mísero corderillo del Calvario. Pero bien pronto le sacaron de tales cavilaciones las campanas, que repicaban á Páscoa florida; los sacerdotes, que decían y entonaban aleluyas y hosanas innumerables; los versículos del Evangelio, que subían sobre la techumbre de la grande Aljama y sobre las agujas de la catedral gótica para unir el hombre con el cielo é identificar el Verbo creador con la pobre criatura. Boabdil, por fin, reconoció, tras sus grandes alucinaciones, que prisionero él de los reyes castellanos y prisionera su Aljama de la catedral gótica, no quedaba esperanza ninguna para el Korán. Y calándose la visera y envolviéndose con cuidado en el rebozo de su manto, volvió de nuevo á su triste prisión y á su desapacible cautiverio.

## CAPÍTULO XXI.

Inútil encarecer el terror que difundiría en la morada regia de los soberanos granadinos la noticia del desastre horroroso en Lucena y de la deshonorosa cautividad en Córdoba. Boabdil se lo había imaginado en su dolor, y descrito lo allá en las hondas reflexiones de su pensamiento. Pero lo real excedía en mucho á lo ideado. Moraima, la dulce Moraima, fué desde tal punto y hora como una especie de cadáver. Aquel corazón, de suyo tierno, apenas podría comprender cómo el destino la probaba en términos de haber reducido el esposo á esclavo y el padre á cadáver en tan horrorosa catástrofe. Así, desde que supo toda la verdad amarga de su tristísima suerte, no perteneció realmente á los vivos; casi perteneció á los muertos, sucediéndose un desmayo á otro desmayo, pero tan duros é intensos, que parecía en su rigidez y en su inmovilidad, como acabada y extinta. Si recobraba

por algunos minutos la razón, era tan solo para volver á mirar su desgracia, y mesarse los cabellos con furia, y herirse la faz con sus propias uñas, y golpearse contra las paredes la cabeza como en busca de un supremo y consolador suicidio. Para mayor desventura, sus precoces amores le habían dado un hijo tan semejante al idolatrado padre, que parecía en sus pocos años Boabdil mismo; y su figura solo servía, en tal trance, para mostrar cuánta fué su felicidad en otro tiempo y cuánta en esta sazón su desgracia. Encerrados Moraima y Boabdil en el santuario de sus amores, en los perfumados harenos de su Alhambra sensual y voluptuosa; como entre Aixá y Hacem se dividían las grandezas y también los cuidados anejos al imperio, no comprendían cuanto pasaba en torno suyo, ignorantes de la tempestad, que conmovía, como los huracanes los cedros del Líbano, las fortísimas torres de su viejo palacio. Y habían creído, en su edénica ignorancia, que aquel primogénito, fruto cogido tras la primera flor de sus amores, hallábase predestinado por providenciales decretos á reinar con gloria y con provecho sobre la gente musulímica en el encantado rincón de la sin par Granada. Mas ahora, cuando Moraima veía entrar el hijo de sus entrañas en los camarines de su palacio, con la señal nefasta de adverso hado sobre la frente, perdía el sentido, y se quedaba, ó como una demente, fuera de sí, ó como una muerta, de rígida y de fría. Ningún reino podía tocarle ya, ex-

clamaba en su dolor, al pobre infante, abandonado á horrible orfandad por la muerte de su abuelo Aliatar, por el cautiverio de su padre Boabdil, por la rota de los principales nobles granadinos, por la enemiga del viejo rey Hacem, por las ambiciones de Aixá empeñada en gobernar ella sola entre los remolinos del naufragio, por la indisciplina de los whalies resueltos á repartirse las últimas ruinas de aquel destrozado imperio, por la codicia de Zoraya que recogía las piedras preciosas desengarzadas del cetro nazarita para enriquecer el peculio de sus hijos, ni bien musulmanes, ni bien cristianos: horrible descomposición, muy propia de las gentes que se acaban y de los imperios que se extinguen. Así, aquella Filomena del amor, la encantadora Moraima, cuyos gorjeos, despedidos en otro tiempo desde las áureas celosías, llenaban de placer los espacios del mágico alcázar, parecía en este momento la triste imagen de una viviente dolorosa elegía, que lo llenaba todo con sus lágrimas y con sus sollozos, cual viuda ó herida tórtola. En verdad la estrella de los musulimes, que se levantara nueve siglos antes por las orillas del Yemen, y que de un lado se corriera en alas de cien victorias al palacio de los persas en el Eufrates y al templo de los antiguos dioses en el Indo; mientras de otro lado se posaba en las pirámides y colosos del sacro Nilo, en las ruinas de Sibaris y de Cartago, en las torres de Andalucía, en las llanuras de Provenza, en las costas de Sicilia, desde los senos del mar Jonio á

los senos del golfo pérsico, empezaba entonces á hundirse allá en su ocaso y borrarse del horizonte de la civilización, personificando tal desventura histórica la triste y flaca figura de Boabdil. Con razón los ojos de aquella Moraima, tan regocijada y jubilosa en otro tiempo, ahora, en esta sazón tristísima, parecían dos manantiales de lágrimas.

No así la Sultana madre, Aixá. Ninguna tan herida como ella; pero ninguna tan animosa. En el palacio tenían todos un sentimiento de amor, estos al reino, aquellos al suelo granadino; tenían todos un sentimiento de odio, el horror á los conquistadores cristianos; pero Aixá un doble sentimiento, amor á Granada, y amor más intenso aún al poder; odio á los conquistadores cristianos, y odio todavía mayor al Sultán Hacem y á la Sultana Zoraya. Importándole mucho su reino y su culto, le importaban menos que su venganza. Prefería pactar con el infiel á pactar con el esposo. Prefería que se llevase la corona el rey de los cristianos á que se llevase la corona el padre de sus hijos. Para cohonestar la traición suya y los crímenes contra su propia gente, á que le arrastraban los celos del trono, por otro rey ocupado, y los celos del tálamo, por otra mujer ocupado á su vez, buscaba ciega los ejemplos de reyes musulmicos, que fueran cómplices de las conquistas cristianas, y evocaba la sombra del fundador mismo de su reino, ido á Sevilla, cuando la Giralda se ceñía la cruz de Cristo y la sombra del gran Mahomet, auxiliado

por las lanzas de D. Pedro el Cruel, contra las rebeliones de sus propios vasallos musulmicos. Y á tamaña consideración, mil pensamientos varios, encaminados todos á complacencias con el vencedor, surgían de su acaloramiento. Lo que pudieran desear Fernando é Isabel, otro tanto les ofrecía de grado, con tal de recabar su hijo y seguir bajo su advocación reinando sobre Granada. ¿Qué podían desear los husmeadores de la muerte? Aixá contaba con tesoros increíbles todavía, y estaba dispuesta de suyo á entregárselos. Aixá tenía en sus manos la corona del reino, y estaba dispuesta sin vacilación á ponerla bajo las plantas de los vencedores, como un trofeo, con tal que le dejaran usufructuarla durante su vida y esconderla en su palacio al codicioso afán de Hacem y de Zoraya. En las mazmorras aún había cautivos que libertar para pago de alianza, y en los serrallos príncipes que ofrecer en rehenes, como prenda pretoria para cumplimiento de todo lo pactado. Aquel rapazuelo, primogénito de Boabdil y Moraima, tan hermoso como su padre, tan dulce como su madre, designábalo, con la frialdad propia de quien se cree personificación del Estado, al completo logro de sus desapoderadas ambiciones. Así, mientras los otros individuos de su familia, las mujeres y los niños especialmente, se consagraban á llorar aquellas irreparables desventuras, Aixá dictaba ofertas de pactos con los Reyes Católicos; reveía los tesoros de sus arcas para contar los rescates presentables

en dinero al afortunado vencedor; repesaba en sus fieles contrastes las piedras preciosas y las joyas riquísimas que podrían equivaler á moneda, y ofrecerse para la redención de su hijo; revistaba con sus vizires los hondos calabozos, numerando los cautivos cristianos, inscribiendo su alcurnia y calidad con ánimo de ofrecerlos en holocausto á la victoria y en remisión de la derrota; pues el primer afán suyo, al choque de tan tremenda catástrofe, consistía en captar de nuevo la persona del desdichado Boabdil y oponerla como un pabellón de combate al poder y al esfuerzo de Hacem. Mas no sabía lo que mientras ella maquinaba de tal suerte, discurrían sus dos ilustres rivales.

Después que la batalla de Ajarquia dió á las muslimes tantos ánimos, Hacem, bajo cuyo nombre y advocación se diera, dejó Málaga, la ciudad vencedora, en poder de su feliz hermano, el Zagal; y fué con toda su familia, en pos de indispensable reposo, á los altos riscos y breñas, que forman como la falda inmensa de los montes alpujarreños, proponiéndose procurar allí aire puro al pecho y paz y sosiego al ánimo. Terrible, pero hermosísima soledad aquella. Por las hondonadas, que los torrentes, cubiertos de rojas adelfas, refrescan, las higueras unen sus copas pomposísimas con los verdes plumajes del airoso terebinto; y sobre los granados y los naranjales cimbreaba su corona oscura la erguida y airosa palmera. Cada colina parece un misterioso incensario, no sólo por los esmaltes recibidos en

sus aristas del aire con tales colores arrebolado, por los aromas despedidos de la salvia, de la alhucema, del cantueso, del romero, del tomillo, de tantos arbustos olorosos y plantas perfumadas, á cuyos pétalos, cálices y corolas van en tropel, para pintarse las alas ó para henchirse de mieles, así las mariposas como las abejas. Y no es tan sólo esta la delicia de tales amenos sitios. Aparte los aromas por do quier difundidos; aparte las regaladas frutas pendientes de los árboles; aparte las cabras monteses y los ciervos ligeros que por do quier corren; aparte los tropeles de insectos pintados y los coros de aves parleras y las constelaciones de luminosas luciérnagas en las profundas sombras y los aleteos y los susurros y la música de todos los seres componiendo una sinfonía incomunicable, ofrecen allí las fuentes, filtradas desde las altas nieves por los purificadores granitos á la honda cañada esas aguas refrigerantes, cuya virtud sólo se aprecia en los climas encendidos por los rayos de un sol ardiente, donde necesita, más que en parte alguna, el cansado habitante los claros manantiales de sus arroyos y las oscuras sombras de sus arboledas. Estas montañas ofrecen tantos contrastes, que apenas puede la vista humana, teniéndolos delante, abrazarlos y comprenderlos, pues como abajo, en las honduras, crecen aquellas plantas que necesitan del calor meridional y que se crían por África y por Asia, en los altos, en las cumbres y picachos, crecen los pinos alpestres, los castaños cargados

con sus espinosos zurriones, y donde las nieves llegan á la eternidad, los helechos y los musgos del Polo frente á frente con las flores del trópico. Y no quiero, no, encarecer las altas cumbres cortadas, ya en bizantinas rotondas, ya en pirámides verdaderamente deslumbradoras como de lapislázuli, ya en conos truncados y circuitos de abismos como los astros de sombras, ya en fantásticos intercolumnios por donde las selvas entrelazan sus ramas, los torrentes despiden sus espumas y caudales en cascadas, las águilas ciernen sus gigantes alas en la inmensidad, mirando el nido inaccesible y persiguiendo la presa codiciada; mientras la luz diurna, que rebota en las facetas formadas por minerales ó en los ventisqueros de sólido hielo, compone iris multicolores, horizontes fantásticos, nubes etéreas, perspectivas inacabables, juegos incomprensibles de matices varios, espejismos que arroban y extasían; pues bien puede asegurarse que la luz espléndida es como el alma madre de toda la naturaleza. Y allí, en tal cordillera inmensa, residen ahora, instante crítico de nuestra historia, Zoraya y Hacem, rodeados por el idilio de sus jardines y de sus campos que contrastan los abismos y los despeñaderos cercanos; teniendo sobre sus frentes las nieves eternas rodeadas á lo mejor de tempestades y rotas y desprendidas á veces en aludes tan fragorosos como las nubes tonantes; mientras allá lejos, en lontananzas apenas perceptibles, confundido con el horizonte, se columbra el mar azul, que baña con

sus ondas coronadas de argéneas espumas, las arquitecturales riberas de África y Europa.

Allí habían edificado los reyes de Granada, Zoraya y Hacem, el silencioso y recatado nido, en que guardaban sus ya larguísimos y exaltados amores, que Alah bendijera con descendencia compuesta de dos jóvenes príncipes, en cuya suerte concentraba la madre todas sus ideas de continuo y en quienes vinculaba el padre, como hijos de un verdadero amor, todo su orgullo, hasta querer dejarles con su nombre y con su sangre, su autoridad y su corona. Hoy las varias subversiones de aquel siempre removido suelo y las cóleras y guerras de los hombres tan asoladoras como las plagas mismas del universo, hanse tragado el retiro de los regios amantes con tal voracidad, que ni siquiera los despojos y las ruinas, donde las zarzas crecen y los lagartos se calientan al sol, quedan á la consideración del viandante. Pero, en cambio, la gran montaña, la maga, que los viantes, desde lejos, aclaman como una especie de argétea estrella caída de los cielos al planeta; y que los labradores tienen por la vida verdadera de sus campos, de sus plantíos, de sus sembraduras, puesto que fluye aguas limpiadas y vivificantes; esa hermosísima sierra de las Nieves, lleva, en su más alto y agrio picacho, el nombre inmortal de Hacem, como para indicar con tan soberbio monumento, que tenía toda la grande altura y toda la sublimidad vertiginosa de aquel monte coronado por eternals ventisqueros. La

mansión de los reyes recordaba el África y el Asia, como aquellas mansiones árabes que al gigantesco Atlas ó al religioso Líbano se avecinan. Por ende, guardaba la forma de un aljibe, y tenía las azoteas y las paredes arregladas por tal modo, que mandasen á las varias albercas los rocíos y aguas del cielo. Un gran cuadrado, compuesto de terrosas murallas, con aspilleras en la cima y fosos en las bases, contenía la quinta, preservándola en aquellos bélicos tiempos de toda militar sorpresa. Desde los muros externos á las paredes varias de la casa, extendíanse grecas de mirtos y rosales, adornando, en guisa de brillantes marcos, los bordes marmóreos de profundos y cristalinos estanques; inmenso patio se abría en el centro de la casa, formado por dos galerías sobrepuestas, y todas ellas alicatadas y embutidas por el aéreo modo usual en los moriscos palacios; á un lado se veía fresca cisterna, y sobre la cisterna gallardeaban cuatro palmeras muy erguidas y muy bien hermanadas, cuyas palmas habían acompañado mil veces con sus vibraciones el respunteo de las guzlas, el ritmo de las poesías y el eco de los suspiros; las ventanas, abiertas al patio interior, mostraban en sus verjas y en sus celosías misteriosas, en sus cortinas de sedas multicolores y varias, todos los celos del árabe por su hembra; un sitio recatado servía para las oraciones del Sultán, y un camarín, mejor dicho, una especie de gruta misteriosa, para los amores de la Sultana; en los pavimentos de jaspe ten-

díanse por aquí y por allá las alfombras de Persia; y junto á las alfombras de Persia los divanes y cojines de Damasco; el zócalo de azulejos brillantísimos, la pared alicatada y reluciente, la bóveda teñida con matices varios y sembrada con estrellas de marfil y oro, convidaban al goce de los sentidos y al desprecio del mundo en aquella sublime soledad. Todas las leyendas tendidas por los bordes alabastrinos de las fuentes, por las maderas olorosas de sándalo y alerce, por las grecas y alharacas áureas y argénteas, hablaban del amor, del placer, del goce y hasta del vino, con detrimento de las koránicas leyes y de las musulmanas costumbres. Al ver aquellas estancias, al respirar el aire puro y fresco de la montaña cargado de azahares y jazmines, al oír la música de tantos follajes y de tantos ruidos como en aquel mes de Mayo murmuraban, ¡oh! nadie podía imaginar que allí mismo, en aquel edén, se recluía y encerraba entonces una grandísima pena, sí, una grandísima pena de mujer.

En efecto, Zoraya, recluída tras las celosías de un mirador, contemplaba el campo tan hermoso, cual pudiera contemplarse un campo de batalla, según el horror que su mirar traslucía. El alma humana suele fijarse, por una propensión inevitable, cuando está triste y apenada, en los objetos tristes; y cuando está jubilosa y alegre, por lo contrario, en los objetos alegres. Las fuerzas de creación y destrucción, coexistentes por necesidad en el universo, fatalmente sometido al amor y á la muerte. Así, la